

14. LA EUCARISTÍA: EL BANQUETE PASCUAL HEBREO

Continuando con la pregunta: ¿qué sucedió aquel jueves por la tarde en el cenáculo? Veamos lo que dicen las fuentes del Nuevo Testamento.

En 1Cor 11,23-26, carta fechada entre el año 54 y 56, Pablo subraya que "transmite" lo que a su vez ha "recibido"; se ha formado ya una "tradición" en relación con el relato de la Cena. La forma del pasaje, refleja ya una liturgia consolidada y estructurada (véase por ejemplo la doble repetición de «Haced esto en memoria mía»), que depende de una forma narrativa anterior.

Entre los evangelistas, Juan se centra en el lavatorio de los pies, introducido con gran solemnidad (13,1ss). La narración de la institución de la Eucaristía se encuentra en los tres Evangelios sinópticos. Se puede distinguir en ellos «dos redacciones independientes una de otra, de la misma tradición»¹, una es la de Marcos, que se vuelve a repetir en Mateo. El pasaje de Marcos no parece tener una unidad con el Evangelio, pudiéndose pensar que el evangelista hubiera encontrado un texto ya existente, relativo a la última Cena. Dicho texto debería estar tan consolidado que Marcos no consideró cambiarlo para darle unidad con el contexto, e insertarlo tal como era. El examen lingüístico revela un fuerte carácter semítico, que constituye una garantía de antigüedad, porque el relato original fue con toda seguridad redactado en he. breo o en arameo. Las fechas que proponen estudios recientes y autorizados para el texto de Marcos oscilan entre los años 40 y 50. Esta tradición surge, por tanto, en el primer decenio² después de producirse el acontecimiento.

La otra forma es la de Pablo, que se repite en Lucas. En estos dos textos se nota, en el uso de los términos, una cierta helenización respecto a la de Marcos.

De cualquier manera, las dos formas se redactan en fechas muy cercanas al acontecimiento.

De los escuetos relatos de los Evangelios sabemos que «durante la cena» Jesús lava los pies a los apóstoles (Jn 13,1), consagra el pan separado del momento de la consagración del vino, que es consagrado después de la comida (Lc 22,20) y que antes de salir del cenáculo recita himnos (Mc 14,26; Mt 26,30). Son todos los elementos que podemos más o menos encontrar en el esquema del banquete pascual hebreo. Así concluye aquel rito que es antiguo y nuevo al mismo tiempo. Aquella tarde los apóstoles pudieron dirigir a una persona concreta la invocación del Salmo 118,26: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!».

¹ J. JEREMÍAS, op. cit., 206; J. CARMIGNAC, La nascita dei Van-geli sinottici, Roma 1985, 74.

Una vez más Jesús inserta una novedad que realiza en el marco de la liturgia judía. Igual que en Nazaret quiso que el culto en la sinagoga fuera el escenario donde se proclamara que la salvación anunciada por los profetas estaba presente en su persona, así también el momento esencial de su vida terrena, en el que Él celebra su muerte y resurrección en forma litúrgica, viene inscrito en el marco del culto hebreo. Culto que Él vive, lo lleva en sí y lo conduce hacia adelante.

Esa historia de la salvación que el anfitrión de la mesa resume para sus comensales, mencionando el inicio y el momento determinante del éxodo; la historia en la que la predicación de los profetas vislumbra una conclusión en el tiempo mesiánico; la historia que, sin perder la tensión escatológica, alcanzó un punto de particular plenitud. La presencia del "Esposo" en la sala superior en Jerusalén representa una relación nueva con Dios («el cáliz de la nueva alianza»), sin que todavía sea superflua la invocación al Mesías para que «venga pronto a nuestros días». Él está presente en el mundo y, sin embargo, el Apocalipsis concluye con la invocación: «Maranathá (ven Señor nuestro)». El «Bendito el que viene en nombre del Señor» está dirigido al cenáculo y en la liturgia cristiana a Jesús, sin pasar por alto la invocación para que El venga pronto a completar la obra que el Padre le confió.

Aquella tarde, en la «sala superior» de una casa de Jerusalén, se inició un nuevo período de la historia de la salvación, punto de maduración y, al mismo tiempo, punto de partida, dirigido a la espera del cumplimiento final, hacia el regreso glorioso de Cristo, la parusía, cuando «Dios será todo en todo».

Tanto el banquete pascual hebreo como la última Cena se dirigen o proyectan hacia el futuro, con una diferencia: que en el primero está presente la espera de un día que vendrá, lo que los profetas llaman "aquel día", mientras que en la última Cena "aquel día" ("día" como expresión técnica usada por los profetas para el tiempo mesiánico) ya ha comenzado. En otras palabras, hay diversidad de perspectiva: tanto el banquete pascual hebraico como la última Cena están orientados hacia el futuro. Pero mientras en el primero aquello que se espera debe aún iniciarse, en esta última ya ha comenzado y espera ser completado.